

El Dr. Don Rafael Calderón Muñoz

Líder del conservatismo costarricense

Por Don Luis Cartín G.

En la mañana del 11 de octubre de 1903 el lúgubre tañido de las campanas del viejo templo parroquial, reliquia de la época de la Colonia, en Heredia, anunciaba que había traspasado los umbrales de la Eternidad uno de sus más ilustres hijos: el Dr. don Juan José Flores, miembro en esa fecha, del Gabinete del Gobierno presidido por el Licenciado don Ascensión Esquivel.

Las exequias de ese distinguido costarricense, celebradas el siguiente día, fueron de lo más concurrido que yo haya presenciado en esa mi ciudad natal; apenas superadas por las del siempre bien recordado patriarca don Braulio Morales C.

Después de haber hecho su elogio fúnebre don Manuel de Jesús Jiménez en representación del Gobierno y el Licenciado don J. Federico González a nombre de la Municipalidad cantonal, subió a la tribuna un caballero de estatura mediana, en la plenitud de la vida y de rostro agradable, en el cual se destacaba una nariz aguileña y una muy inteligente mirada. Yo nunca lo había visto. Pronunció con frase galana y reposada un discurso por delegación de la Facultad de Medicina, enalteciendo y presentando como ejemplarizante la actuación profesional y cívica del extinto. Era pues, un colega suyo. Inquirí de un amigo cercano el nombre del orador. Es, me dijo, el Dr. don Rafael Calderón Muñoz.

Fué, pues, en esa solemne e inolvidable oportunidad cuando conocí al eximio varón que ahora a su vez ha descendido a la tumba en medio de las más puras y vehementes manifestaciones del dolor de todos sus conciudadanos.

Comenzaba ya entonces a perfilarse su personalidad como Médico hábil y caritativo. Pero no sospechaba yo en aquel instante que me encontraba ante el que en un futuro muy próximo sería el líder y dirigente de lo que en Costa Rica se podría señalar como el bloque conservador.

Porque el Dr. Calderón, convencido de que la regeneración de nuestra República sólo podría alcanzarse mediante una efectiva restauración en todas las actividades sociales del predominio de los principios cristianos, optó por iniciar luego, formalmente, sus tareas en el campo político para la consecución de ese patriótico anhelo.

Sabido es que los genuinos conductores de pueblos no suelen recibir su investidura en la forma en que se disciernen los empleos públicos. A esa posición únicamente se llega por la inteligencia y alteza de miras y por el prestigio ante sus conciudadanos. Y como el Dr. Calderón poseía en forma amplia esas esenciales condiciones, fácilmente se comprende por qué todos los que sustentábamos sus mismos ideales nos aprestamos muy gustosos y espontáneos a reconocer en él al abanderado de nuestra causa y su palabra fué, desde ese momento, nuestro norte y guía.

Nadie en Costa Rica podrá entre el laicado ufanarse de haber empeñado mayores energías que las suyas en pro de la causa, uniendo siempre la acción a la palabra. Porque él estaba convencido de que para lograr el éxito en toda iniciativa, debe cumplirse, antes que todo, el adagio latino: "Facta, non verba", que nosotros libremente traduciríamos: "Hechos efectivos antes que palabras vanas que el viento arrastra".

Así, pues, con un núcleo de sus amigos, vinculados todos por la comunidad de ideas, fundó en 1902, el excelente diario *La Justicia Social*, que por razones que no es del caso exponer en este lugar, no alcanzó el arraigo necesario para subsistir.

Como testimonio de su inquebrantable convencimiento de que aun a despecho de fracasos y desmayos hay que luchar, surgió asimismo en 1905, aquella agrupación que se llamó "Unión Demócrata", en la cual le secundaron con emulación realmente ejemplar y desinteresada, los Licenciados don Carlos María Jiménez y don Matías Trejos, así como otros decididos ciudadanos ansiosos del bien nacional. Esa agrupación inspirada en un sano anhelo de civismo, ocupa en los anales de nuestras contiendas eleccionarias un lugar honrosísimo.

El Partido Constitucional, organizado en un postrer esfuerzo por la reivindicación de nuestros derechos de ciudadanos y de hijos fieles de la Iglesia, vino a la arena política por iniciativa suya.

Resumiendo su actuación, podemos afirmar que sólo la fuga de la vida pudo detener a nuestro ilustre amigo en sus afanes en bien de la Patria, a cuyo servicio ofrendó incesantemente su voluntad y su corazón.

De ahí que nosotros viéramos en él al representativo auténtico, o mejor dicho, a la figura sustantiva de una larga y honrosa tradición.

El Dr. Calderón consagró su vida y su pensamiento al servicio de la Patria y de una manera muy sustancial a favorecer a sus semejantes, renunciando a toda recompensa terrena.

Conoció en toda su elevación la doctrina sublime del Cristianismo y a ella subordinó todas sus actuaciones.

Se ha dicho que la caridad de Cristo sobrepuja toda la ciencia y en el Dr. Calderón se hizo visible esa verdad, porque su cultura profesional con todo y ser vastísima, quedó como eclipsada ante los esplendores de su obra misericordiosa para con el prójimo.

El amor al pobre tal como lo practicaba el Dr. es el mentís más rotundo arrojado al rostro de la impiedad, que lejos de hacer otro tanto, más bien seduce con palabras engañosas al necesitado, lo explota y lo aniquila.

Recordaba seguro, aquellas palabras de Pío IX que dicen que "el mundo ya no cree en la predicación, pero aun cree en la caridad" y con ella se le contiene en sus explosiones de odio.

Por ello llegaba, tocada su cabeza con el clásico bombín a que hizo referencia el Dr. Núñez en artículo de días pasados, hasta el hogar del desvalido, siendo objetos de su predilección las madres y niños menesterosos.

Por ello él imbuyó a su hijo, el distinguido ciudadano que hoy rige los destinos de la nación, en el propósito de buscar en las enseñanzas del Pontificado

la solución, la única solución de nuestros problemas sociales. Cabe, pues, al Dr. Calderón Guardia el muy hondo consuelo de haber proporcionado en su condición de hijo amantísimo, a su señor padre, en sus postreros días, una intensa satisfacción, implantando como se ha hecho, uno de los más vívidos anhelos de su progenitor en pro de las clases trabajadoras: las garantías sociales.

Otra de las más íntimas satisfacciones que el doctor experimentó antes de descender al sepulcro, fué, no cabe duda, la derogatoria de las arbitrarias leyes de proscripción contra las comunidades religiosas y que él, en su niñez, contempló con amargura aplicar sañudamente.

Ahora, al verlo emprender el viaje eterno, prometamos, por amor a su memoria, no cejar en nuestros afanes para que sea una realidad efectiva lo que constituyó una de sus más anheladas aspiraciones.

El Dr. Calderón fué siempre una inteligencia iluminada por la fe. Esforzado campeón de la buena causa, a los esplendores de esa fe que tan sinceramente profesaba, agregó la austeridad de su vida de hogar como dechado de esposo y padre.

Varón bueno, pacífico, tenía como norma hacer amable la virtud y simpática la Religión.

Buscaba la reconciliación y armonía de los que no tienen bastante con los que tienen demasiado, abrevándose siempre para ello, como oveja fiel, en las más puras fuentes de la ortodoxia cristiana.

En cuanto a mi persona respecta, y como no quiero llevar sobre mi frente el estigma de la ingratitud, declaro que siempre me prodigó su palabra de aliento en mis tareas en la prensa. Convencido de que yo reconocía en él sin reservas autoridad de mentor, me exhortaba de continuo a no desmayar en la empresa, oponiendo pecho firme a todos los obstáculos y contrariedades. Sus palabras, bien se comprende, caían sobre mí, como un sedante de inestimable precio.

Su muerte tranquila, modestísima, es la más bella página de su pródiga existencia.

A su lecho de agonía le llegó la bendición apostólica que recibió unciosamente.

Años atrás el Romano Pontífice le había honrado con el título de Comendador de la Orden de San Gregorio el Grande, como reconocimiento de su filial adhesión a la Silla Apostólica y a sus sublimes enseñanzas.

Asimismo, antes de que sus ojos se cerraran, la República le ungió por medio de su representación nacional, con el título de Benemérito de la Patria, con unánime aplauso.

Es innegable que la constante repetición del hecho que priva de la vida a todos los seres humanos en cumplimiento de una ley ineludible, nos llega a habitar, en cierto modo, a su contemplación. No obstante, la muerte del Dr. Calderón reviste para Costa Rica caracteres excepcionales.

De ahí que la gratitud nacional espontáneamente cubriera la caja que contenía sus despojos con las coronas entretejidas con las flores de todos los jardines capitalinos y que de todos los pechos se elevaran en sufragio suyo las más fervorosas plegarias.

Reconocemos, sí que débil y pobre es el tributo que hoy rendimos a la memoria del Dr. Calderón, si consideramos que se trata de un hijo preclaro de la Patria y cuya figura con los años cobrará mayor y definitivo relieve.

Su espíritu ennoblecido y glorificado vive ya en la mansión de la paz.

En nuestra orfandad esperamos que él desde allí continuará guiándonos, entre tanto la Providencia suscita al nuevo Josué que se coloque a la vanguardia de los que pelean llenos de celo santo las batallas del Señor.

Don Felipe J. J. Valentini

(Apunte biográfico y bibliográfico)

Por Monseñor Dr. Don Victor Sanabria M.

En el prólogo de la traducción de la obra *"Cuarto Viaje de Colón"*, recientemente publicada (San José, Imprenta Lehmann, 1943), hube de confesar con toda humildad que eran bien escasos los datos biográficos que me había sido dable recoger acerca del autor de la obra citada, don Felipe J. J. Valentini. Dije entonces lo que de él sabía, bien poca cosa por cierto y desde luego insuficiente para juzgar de la personalidad científica y literaria de este gran desconocido.

Comencé mi prólogo con aquel tan conocido proverbio latino: "habent sua fata libelli", sin imaginar siquiera que estaba a punto de sonar la hora de la redención, para el nombre de don Felipe J. J. Valentini.

En verdad los libros tienen sus propios destinos. En "Diario de Costa Rica" del 1º de junio corriente, el acucioso investigador e infatigable escritor don Francisco María Núñez—cuya labor histórica y periodística no ha sido apreciada como en realidad merece—, publicó un artículo bajo el epígrafe: "Está en Costa Rica un descendiente del Dr. don Felipe Valentini, que participó en la Expedición Alemana de la "Augusta", y una reseña bibliográfica de la obra que acababa de ver la luz pública. Gracias a aquella publicación supe que muy a mano tenía la mejor de las fuentes para completar la reseña biográfica del autor de la obra que había publicado. Mr. Evelyn E. Valentini, hijo de don Felipe y Teniente Coronel (Cuerpo de Ingenieros) del Ejército de los Estados Unidos, tuvo la bondad, que mucho le agradecí, de visitarme para agradecerme la traducción que había hecho de la obra de su padre. De sus labios oí entonces la narración de la carrera científica de don Felipe, narración que posteriormente amplió por escrito en una serie de importantísimas notas y glosas a la traducción del libro *"Cuarto Viaje de Colón"*. De esas glosas y comentarios, que revelan profundos conocimientos bibliográficos, etnológicos y arqueológicos, nos serviremos en el presente escrito para reconstruir la biografía de don Felipe J. J. Valentini.